

20 DE ABRIL DE 2007

**DISCURSOS:  
INVESTIDURA Y  
ENTREGA DEL TÍTULO  
DR. HONORIS CAUSA A  
CARLOS NAVARRETE**

13

**SEMBLANZA, DR. CARLOS NAVARRETE**

Sr. Rector Magnífico, Lic. Estuardo Gálvez  
Honorable Consejo Superior Universitario  
Señores ex Rectores  
Medallas universitarias y doctores Honoris Causa  
Señores directores de escuelas no facultativas y centros regionales  
Honorable Consejo Directivo de la Escuela de Historia  
Doctor Carlos Alberto Navarrete y apreciable familia  
Invitados especiales  
Estimados profesores y estudiantes de la Escuela de Historia y la  
Universidad de San Carlos  
Señoras y señores

En primera instancia, me permito agradecer su grata presencia, y deseo aprovechar este marco especial para extender nuestra gratitud a todos aquellos que intervinieron en las distintas gestiones del proceso de otorgamiento del presente doctorado, en especial a los miembros del Consejo Superior Universitario, al Señor Rector y al Secretario General.

Somos varias las generaciones de miembros de la Escuela de Historia, de nuestra amada Universidad de San Carlos, quienes hemos compartido la amistad, la solidaridad y las enseñanzas de Carlos Navarrete, "el maestro Navarrete", como le llamamos fraternalmente, gracias a su inquebrantable compromiso con la juventud a quien le profesa un gran cariño y respeto.

Su obra pone en evidencia la persona que es, así, como destaca Sartré: "*La obra, como objetivización de la persona es, en sí misma, más completa, más total que la vida*",<sup>1</sup> o como lo expresara Cardoza y Aragón,<sup>2</sup> con quien compartió inquietudes políticas, culturales e intelectuales: "*La vida y la obra deben ser y son la misma cosa, aunque no lo queramos. Se escribe lo que se es. Se es lo que se escribe. Nuestros actos son nuestras obras...*".

Navarrete es reconocido como destacado arqueólogo, antropólogo, historiador, poeta, cuentista, y otras gracias adicionales, pero sobre todo, por el gran ser humano, sencillo y noble. Algo parecido a su descripción sobre un bello canto cristiano: impresionante, devoto doliente, pero al mismo tiempo, ingenuo y de melodías sencilla, fácil de aprender.

El argumento de sus novelas con el encanto del buen trato del lenguaje, simpleza y fluidez, tiene la virtud de hacer vivir en el lector las experie-

---

<sup>1</sup> Citado por Carlos Aguilar Rojas (2006). *Avances para la historia*. México, D.F.: Contralibros.

<sup>2</sup> Carlos Navarrete Cárdenas (2002). *Los Cardenas y Aragón y el Grupo Salero-Tl. Canamala*. Centro de Estudios Urbanos y Regionales (CEUR), p. 96.

cias de sus personajes y, con ella, hacer brotar cúmulos de emociones. Nostalgia porque el pasado también recuerda el tiempo que ya se fue, pero también de alegría, que se hace más grande cuando contrasta con la adversidad. Por su gran talento y fina pluma le han otorgado reconocimientos entre los que destaca el Premio Nacional de Literatura Miguel Ángel Asturias, en 2004, por su novela *Los Arrieros del Agua*.

*"Así como el sueño, llegan la muerte y la desgracia"*, escribe Navarrete, recordando la tenue frontera entre la vida y la muerte, el ser y no ser, la dialéctica de contrarios. Aquellas palabras tomadas de la tradición popular muestran en toda su intensidad la profundidad filosófica de aquellos que han sabido vivir la vida como todo un ser humano, sensible y consciente de la fragilidad de la vida y la necesidad de vivirla en toda su intensidad, con ansias, pero sin arrebatos.

Aborda, con la pasión que siempre lo ha caracterizado, el estudio del romance español y su derivación en Guatemala, como arte del pueblo, arte plebeyo, donde lo épico, histórico, tradición mitológica, amor y el sentimiento religioso común encontraron cabida.<sup>3</sup> Ello, de acuerdo con su compromiso social tendiente a liberar y desarrollar una cultura que recoja e integre las raíces históricas del pueblo, como respuesta a la burda política oficial implementada por gobiernos posteriores a la primavera democrática, que impuso una visión oficial de símbolos, como justifica Navarrete, "del peot tipiquísimo, turísticos y degenerantes".<sup>4</sup>

Como respuesta a lo anterior, un grupo de universitarios plantearon la necesidad de llevar los reclamos al ámbito de la música popular, agrupados alrededor de la revista *Los Cuadernos de la Tradición* que, aunque

<sup>3</sup> Carlos Navarrete (1987). *El romance tradicional y el corrido en Guatemala, México*, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), p. 17.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 11.

nunca salió, de ahí surgieron algunas colecciones de rescate y se propusieron temas; El romance tradicional y el corrido en Guatemala de Carlos Navarrete es una obra producto de aquella inquietud.

Su trabajo como arqueólogo ha sido fecundo. Destacan como objetos de estudio sitios poco estudiados o relegados a segundos planos por su poca monumentalidad o interés turístico y comercial. Una decisión metodológica consistente en estudiar sitios vistos por otros como poco relevantes, habitualmente sin importancia o quizá triviales, pero desde la mirada de Navarrete han suministrado claves para acceder al conocimiento, de donde poder captar una realidad más profunda. Así trabaja Chinkultic, sitio que prácticamente no existe en las propuestas y discusiones mayistas y, sin embargo, evidencias ahí encontradas ayudan a comprender aspectos tan importantes de aquellas sociedades como la fecundidad, la decapitación ritual y la ventriloquía. Esta última tan importante en la religiosidad de los pueblos mayas, faceta no tan lejana cuyos ejemplos se observaron en las revueltas de Yucatán, la guerra de castas de 1850 y la rebelión Tzotzil de 1867. De esa manera, se confirma que huellas tal vez infinitesimales permiten captar una realidad más profunda, de otro modo intangible, como sostiene Carlo Ginzburg.<sup>3</sup>

Sus trabajos recuerdan que el conocimiento se remosa a la luz de conocimientos nuevos y que en la vida nunca se deja de aprender. Fiel a su pensamiento, cuestiona sus propias teorías. Así escribe, luego de constatar un informe presentado por un equipo de expertos, en el año de 1995, sobre el Cristo Negro de Esquipulas. Las conclusiones eran contundentes: la policromía general del cristo es de tono más claro; presentando restos de dos encarnados anteriores al que posee actualmente, y esta capa pictórica se encuentra oscurecida por el paso del tiempo y la acumulación de resi-

<sup>3</sup> Carlo Ginzburg (2004). *Tratados*. Buenos Aires: Phábitos ediciones, p. 79.

duos sólidos en el ambiente, que provocaron el color moreno que poseo. En fin, poniendo en evidencia la esencia de lo que es el pensamiento histórico explica: *"la identificación del color ligada al transcurso de cuatro siglos, luego de pasar por dos renovaciones de color, en donde al final se impuso el sentir popular: ¡El Señor de Esquipulas era negro!"*<sup>6</sup>

Navarrete formó parte del grupo Saker-Ti —amanecer en k'iche'— de artistas y escritores jóvenes, intelectuales radicales, creado a principios de 1947, cuyo propósito fundamental giraba alrededor de centralizar esfuerzos para crear un nuevo arte y literatura revolucionaria.<sup>7</sup> Dicho grupo tuvo una relación amistosa, cultural y política con Luis Cardoza y Aragón, de quien se observa una particular influencia formativa, de la que se destaca el amor por la literatura y el compromiso social, empeñados en impulsar el camino para renovar a fondo la sociedad guatemalteca.

Navarrete ha estado unido cordialmente como hermano y maestro a la juventud de nuestro pueblo, a la juventud de nuestra universidad, a la juventud de nuestra Escuela de Historia, en un abrazo fraternal, por eso lo hicimos nuestro guía, compañero y amigo.

Estimados amigos, señoras y señores, *"La guitarra que yo tocol tiene lengua y sabe hablar! solo le faltan los ojos para ayudarme a llorar"*.<sup>8</sup>

Muchas gracias.

Danielo Dardón  
Director de la Escuela de Historia

<sup>6</sup> Carlos Navarrete (2006). *Los ritmos del peregrino. Poesía popular en oraciones, alabanzas y romances al Cristo de Esquipulas*. Guatemala: Centro de Estudios Folklóricos. p. 15.

<sup>7</sup> Carlos Navarrete (2006). *Los Cardoza...* op. cit.

<sup>8</sup> Carlos Navarrete (1987). *El romance...* op. cit. p. 84.

## DISCURSO EN EL OTORGAMIENTO DEL GRADO DE DOCTOR HONORIS CAUSA DE LA UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS AL ARQUEÓLOGO CARLOS NAVARRETE CÁCERES

Señor Rector Magnífico de la Universidad de San Carlos, Lic. Estuardo Gálvez

Honorables miembros del Consejo Superior Universitario  
Distinguidos ex Rectores, doctores *Honoris Causa* y medallas universitarias

Señores decanos y directores de escuelas no facultativas y de centros regionales de la USAC

Maestro Danilo Dardón, Director de la Escuela de Historia y miembros del Consejo Directivo de la misma

Profesores y alumnos de la Escuela de Historia y de la USAC

Señoras y señores, amigos, colegas y camaradas

Al agradecer la alta distinción que esta tricentenaria casa de estudios me confiere, al otorgarme el grado de Doctor *Honoris Causa*, debo confesar que me invade una mezcla de incredulidad y emociones encontradas, de alegría familiar compartida y de nostalgia, entendida como la suma de cosas buenas —incluyendo los pesares— que ocurren en el transcurso de vivir. Más que tristeza o nostalgia la palabra adecuada es *sadness*, fina melancolía nacida de los recuerdos por venir, no de las sombras del pasado: el "retorno al futuro" que decía Luis Cardoza y Aragón. Lo que viene de atrás, de las conversaciones nunca agotadas con los amigos, de los lazos de sangre y los apellidos heredados, de la memoria presente por los camaradas caídos, y de los tercios ideales que dan a mi espalda toquitos de atención, recordándome que los merecimientos sólo alcanzan valdez si al individualizarse son signados por el compromiso y la responsabilidad.

Para expresarlo bastaría con decir "gracias", pero resumir en una sola y sencilla palabra la emoción es imposible. Han sido días de meditación, de extrañe a la memoria un largo camino, para encontrar las razones por las que estoy aquí hilvanando estas frases inconexas.

Quizá todo principió al finalizar el bachillerato, cuando ansiosos estábamos los días que faltaban para ingresar a las aulas universitarias, no solamente a cumplir con nuestra incipiente vocación, sino en busca de los nombres que nos precedieron, inscritos en la gesta cívica del 44.

La generación que en 1949 transpuso las puertas de este edificio creció educándose en la cotidianidad del miedo, de la frase silenciada, callar aunque se supiera, temor a las sombras, la sospecha hacia el vecino, el ademán en la oreja en señal de alerta. Supimos del general Ubico, fuimos la cola de los uniformados militarmente en la secundaria, oímos de los fusilados. En nuestra educación inicial convergían conceptos caducos, prejuicios sociales y el discurso heredado del imaginario liberal del siglo XIX. Nuestro bagaje al ingresar al patio de la Facultad de Derecho, era —si me es permitida la imitación cervantina— "una bolsa vacía de sapiencia mas llena de sueños".

El clima social que sobrevino después de Octubre de 1944 cambió nuestra forma de pensar. Guatemala se abrió a la libertad ciudadana y a la democracia que en esos años luchaba mundialmente contra el fascismo. El aislamiento de país sofocado había sido roto y abiertas las puertas a las corrientes culturales del mundo con un programa educativo jamás repetido en la historia del país. La autonomía universitaria fue una de las conquistas.

Bajo el influjo de principios y de comportamiento revolucionarios —la autonomía apenas cumplía cuatro años—, fructualmente formamos un

grupo en comunión de ideas estéticas, lecturas literarias, gusto por los conciertos y las artes plásticas, alineados todos del lado de las fuerzas progresistas que apoyaban una de las escasas posibilidades de cambio que ha tenido nuestra historia.

Escribimos en *Vócer Estudiantil*, periódico entusiasta del poeta Antonio Fernández Izaguirre, bajo la coordinación de Rafael Cuevas del Cid —años después honrado Rector—; organizamos la Primer Semana de Arte Universitario con la Sinfónica Nacional en el patio de la Facultad de Derecho, los mejores pintores en los corredores, conferencias... Luego, el "Suplemento Cultural" de *Nuestra Lucha*; después, en *El Derecho* y *Cuadernos Universitarios*, cuya edición completa fue mandada a incinerar por un efímero rector con minúsculas. Generacionalmente vino después *El Estudiante*, combativo periódico que se atrevió a denunciar los actos espurios del gobierno de la mal llamada Liberación.

Las ideas y las actitudes cívicas valieron el primer exilio. Al terminar los cincuenta hubo condiciones mediatizadas para el retorno y Carlos Caal, Antonio Movil y Roberto Díaz Castillo fundaron la revista *Lanzas y lemas*, amparada por esta casa de estudios. Sobrevinieron Ydígoras, las "Jornadas de marzo y abril", el golpe de Estado de Peralta Azurdía y un nuevo exilio. Otro retorno y otra revista: *Alero*. Luego, un general ignorante, Lucas García, y el exilio mayor, la muerte para muchos, los años perdidos, la lucha armada.

Los años en San Carlos fueron de estudio —había rigor— y de forja política acuerpando las ideas y prácticas progresistas de los gobiernos de Juan José Arévalo —un presidente "de lujo", humanista— y de Jacobo Árbenz, cuyas leyes agrarias y un desarrollo económico nacionalista buscaron cambiar las estructuras acéfalas de nuestra patria. Generación locera, comprometida con caos ideales. No era posible otra actividad, ni evadir la



realidad. Guatemala trae consigo, a través de su historia, como pesada carga, una oligarquía insensible ante cualquier clamor de cambio, inculta a pesar del oropel, proclive a la estafa y corrupta cuando gobierna, criminal si peligra el desenfreno de sus intereses, ciega a las necesidades y carencias de la mayoría de la población que sobrevive en el límite —muchas veces traspasado— del hambre y la inanición. No hay necesidad de citar sesudos tratados teóricos, ni ideologías peligrosas, ni autores que asusten, si desde mediados del siglo XIX un hombre sensible, José Barrés Montufar —el poeta más amado de los guatemaltecos— escribió como sentencia premonitrice los versos desencantados, hasta nuestros días vigentes:

*¡Cara y desventurada Patria mía!  
con razón barre el polvo tu diadema,  
con razón tu existencia es agonía,  
con razón tu destino es anatema!  
¿Por qué no dejas la fatal porfía,  
porque no abjuras el mortal sistema  
de hacer que el sabio en un rincón se oculte  
y en la inacción su mérito sepulte?*

*El brillo de tu nombre vi empañado  
por los traidores que tu seno encierra,  
y vi escupir en tu blasón dorado,  
y vi hollar tu pabellón por tierra.  
Más de un gobierno, más de un diputado  
en vez de hacerte bien te hicieron guerra  
y quisieron pintar ¡oh escarnio crudo!  
Lagartos y colmenas en tu escudo.*

*El hombre de la patria me enardece  
porque la adoro, estando persuadido  
de ser ella quien menos la merece*

*de cuantos patria hoy labra y ha labado,  
Más como otra no tengo, me parece  
que debo amarla como el ave al nido,  
y a los diablos me doy si considero  
que la quieren vender al extranjero.*

No es preciso referir una vez más —está de sobra documentada y, sobre todo, sentida en carne de pueblo— la involución social que sobrevino a partir de 1954 a causa del revanchismo de las fuerzas oscuras del país y de la intervención de la potencia que, atribuyéndose la defecia de la civilización occidental, ha ensangrentado el mundo. Empero, lo crucial de los diez años del sueño octubriano permanece en nuestra conciencia: la imprenta universitaria, sus programas de extensión, las facultades —tan combatidas entonces— de Economía, Agronomía y Humanidades, y la gran conquista de la autonomía. Es parte de lo que tenemos el deber de preservar y hacer crecer académicamente, porque vienen tiempos difíciles de agresión sistemática a la educación pública y gratuita.

En el medio latinoamericano, la lucha por la autonomía y la educación se vincula con la lucha contra la privatización de los recursos colectivos, la desnacionalización y la usurpación de las instituciones estatales para convertirlas en empresas mercantiles, a la lucha contra la transformación de la educación en mercancía y contra la lógica del neoliberalismo que busca convertir la medida del éxito individual en la maximización de utilidades y el enriquecimiento.

La defensa de la universidad pública y gratuita es parte de la defensa del Estado Social, de la razón y la moral política y personal que articule la cultura practicada en las aulas, la sociedad y el Estado, para que tenga objetivos sociales cada vez más pertinentes y creadores en el marco de la razón y la cultura.

La preservación de nuestra autonomía reclama el derecho a la crítica fundada en datos evidentes y en razonamientos coherentes con la realidad nacional, en el fortalecimiento de la cultura del conocimiento y la calidad académica que se expresa en actos prácticos de servicio y bienestar social. Defender esta posición significa oponerse a la política de endeudamiento y crisis creciente de la nación y en lo internacional, a la política de guerras preventivas que amenazan la voluntad de autodeterminación de los países débiles, con la destrucción de la biosfera e, incluso, con un ecosidio; a una política que desdeña los estudios de connotados universitarios, hombres de ciencia, acerca de las causas del hambre, el desempleo, las migraciones causadas por la miseria, los genocidios por motivos de reivindicaciones sociales, la corrupción vuelta vocación de gobierno y otros problemas dolorosamente cotidianos.

La crítica consciente y la autocrítica permanente constituyen la especificidad de nuestra condición universitaria: estudiar y construir, crear la posibilidad de un mundo alternativo; rehacer el horizonte utópico en la sociedad y acercarnos a él con ética personal y colectiva, como historia e ingeniería de lo que todavía no existe, como sueño realizable al que tenemos derecho, y como expresión racional y estética llena de vida, de amor y de firmeza.

Si bien la formación universitaria proporciona los medios para una vida profesional plena, la satisfacción que ésta implica no debe ser parente de egoísmo y soberbia, sino de vocación de servicio a la comunidad y toma de conciencia de los problemas sociales que afligen a nuestro pueblo, y de que el signo ominoso de Guatemala es la contrastante desigualdad social. Tenemos la obligación de ser los portavoces de esa realidad, y advertir que de no abatirla, pese a los incumplidos acuerdos de paz, la situación seguirá siendo potencialmente explosiva y en corto o mediano plazo volveremos a vivir un conflicto mucho mayor que el que padecemos por más de treinta años.

Defender la autonomía real significa preservar la investigación científica y humanística amenazada por los recortes presupuestales al renglón de la educación pública gratuita, lo que impide acceder a los sectores marginales a conocimientos del más alto nivel en ciencias, y humanidades, en artes y tecnologías. De continuar el Estado dándole la espalda a la economía del conocimiento —actitud opuesta de lo que están haciendo las otras políticas económicas del mundo—, corremos el riesgo de seguir ubicados entre los países que van al mismo tiempo sufriendo los mayores tropiezos sociales. Y en el caso de mi profesión, la imposibilidad de reconstruir el pensamiento del pasado como puente al presente y futuro, de la historia como memoria colectiva, como narrativa y como horizonte y esperanza a un mundo pleno de posibilidades para todos.

Significa salvaguardar la libertad de cátedra y de investigación y difusión de la cultura como valores consustanciales a la autonomía, a la construcción de espacios de diálogo nacional, internacional, latinoamericano, indoamericano y multicultural. Redefinir la difusión cultural del siglo XXI, articulándola con la universidad abierta, presencial y a distancia, que haga realidad contemporánea nuestro lema de *Id y enseñar a todos*.

Hacer real la aplicación activa de la autonomía es la única manera de tener derecho a sentir orgullo por la brillante historia académica de nuestra *alma mater*, por la revolución pedagógica de los sabios criollos que sustentaban las ideas de la Ilustración (el primer centro de estudios en aplicarlo en América), por la brillantez de los liberales románticos, los puros, que aquí se formaron. La única manera, para mí como arqueólogo, de pregonar que la saga de expediciones científicas que a partir de 1774 dieron lugar al descubrimiento de Palenque, provistas de un instructivo que en nuestros días no desmerece del que lleva al campo un arqueólogo moderno, partieron de Guatemala y fueron promovidas por

estudios locales. No es solamente el inicio de la "aventura de la arqueología maya", lo es con honores de la arqueología mesoamericana.

Puesto que en toda trayectoria personal confluyen circunstancias que determinan el destino que cada quien elige, no puedo ni debo concluir estas palabras sin hacer mención de algunas personas, lugares e instituciones fundamentales en mi vida y mi trabajo. En primer lugar, mi familia, los Navarrete y los Cáceres. A Elsa mi esposa —también arqueóloga— y a mis hijos orgullosamente mexicanos, sin cuyo apoyo y comprensión mis modestos logros carecerían de entusiasmo.

Y si mi vida universitaria se ha dado alternando largos periodos de ausencia de mi país con retornos imaginados y reales, no podría dejar de mencionar a México, tierra generosa que acogió en su seno a cientos de guatemaltecos y latinoamericanos expatriados, como antes lo hiciera con el exilio español. Me gradué en la Escuela Nacional de Antropología, soy investigador de carrera en la UNAM y jamás fui forzado o motivado a cambiar de nacionalidad. Sigo siendo guatemalteco y, para mi orgullo, el guatemalteco de la Arqueología Mexicana. Puedo decir que si la Escuela Nacional de Antropología y la Universidad de México modelaron mi carrera, la de Guatemala me dotó de conciencia cívica.

Como dejar de mencionar a Augusto Cazalli, maestro emérito y entrañable amigo, quien dedicó tiempo y esfuerzo en lograr este reconocimiento, empeño al que sumo el de la Lic. Ana Barreta por el seguimiento que hizo a la propuesta. Mi reconocimiento para el Lic. Gabriel Morales, ex director de la Escuela de Historia, en cuyo período se hicieron las primeras gestiones, culminando ahora bajo la dirección del maestro Danilo Dardón.

En cada retorno la Escuela de Historia ha sido un refugio. Casa entrañable desde donde contemplé erupciones, un terremoto —allí se formó

la comisión universitaria para el rescate de nuestro patrimonio histórico y cultural— y viví los días aciagos del año ochenta, cuando la sevicia militar obligó a terminar los cursos en casas particulares. Estimularme ha sido el contacto con los nuevos colegas y sus juveniles afanes investigativos, en quienes siento repetir lecturas iniciales y mis primeros pasos en el campo.

Aquí concluyo, envuelto en el amargo y dulce sabor de la ilusión, y en el sueño repetido de que algún día nuestra tierra cantará libre y la riqueza no tendrá el mal gusto de la opulencia ruin. El mismo sueño que tuvieron Mario López Larrave, Hugo Barrios Klee, Carlos Centeno, Nayo Lemus, Oliverio Castañeda, Carlos Figueroa, Manuel Colom, Toñito Fernández Izaguirre, Adolfo Mijangos y tantos estudiantes y catedráticos que lucharon por el ideal —palabra olvidada— de forjar una nueva patria.

Señor Rector, señores académicos del Consejo Superior Universitario, compañeros de la Escuela de Historia, conmovido al máximo doy las gracias por esta tarde para mí tan significativa, y humildemente les expresé el más sentido agradecimiento por haberle permitido a este viejo arqueólogo, peregrino a lo largo de los caminos antiguos de nuestra América Latina, en pos de enigmas y de sí mismo, retornar a este augusto recinto donde inicié mi carrera de ciudadano, tarea personal que aún no logro terminar.

Muchas gracias.

*Carlos Hinzarreta Cáceres*